

mos en la mar salada... Lo que yo digo: de la mar al cielo...»

Gritos apremiantes me llamaron... Expiró *Mediohombre*, y yo corrí á salvarme, saltando de un brinco en la última lancha.



MADRID.—2 DE MAYO

I

Leso pude salir del *Rayo*, ¡gracias á Dios!, y al recobrar del quebranto, inanición y pavora de la tragedia naval, me faltó tiempo para trasladarme á Cádiz. Pero yo no escarmentaba,

podéis creerlo. Mi alma infantil, atormentada por ilusiones varoniles, no anhelaba el reposo, sino el tanteo de nuevas aventuras. Mi afán era ensanchar el campo de mi vida, cambiar de escena y de ambiente, buscando más extenso conocimiento de personas y cosas. Ambicioso de vivir, aunque fuera con estrecheces, dolores y amarguras, puse todos mis pensamientos en la idea y propósito de salvar la enorme distancia entre Cádiz y Madrid. Y para que veáis, amados niños, lo que puede

EL 19 DE
MARZO



EL 2 DE MAYO

una voluntad decidida: sin dinero, sin relaciones, con la tierra bajo mis pies y el cielo sobre mi cabeza, vi logrado mi deseo, y entré en la capital de España, calle de Toledo arriba, una fría tarde de noviembre. Verdad que llegué medio muerto, y sin otro amparo que el de la caridad pública; pero llegué y viví, recibiendo en tan dura ocasión los favores de mi amiga la divina Providencia.

Esta señora no me abandonaba, y por ella, á los pocos días de miseria y vagancia en las calles de la Villa, entré al servicio de una cómica muy salada. Habría de ver al marinerillo de Trafalgar balanceándose en la vida de teatro, que es muy semejante á la del mar proceloso. Si antes había presenciado las embestidas de ingleses contra españoles, luego intervine en el rudo pelear de los bandos escénicos; y para engolfarme más en los golfos comiquiles, yo fuí también cómico, y representé dramas y aun tragedias, poniendo en el fingimiento toda el alma que había sabido poner en las funciones verdaderas.

Os asombraréis cuando os diga que por inopinadas relaciones y contactos de la vida, pasé de las más bajas esferas á las más altas, y de criado de actrices á paje de damas linajudas. Vi la grandeza de las casas aristocráticas; vi la confusión y laberinto de la Corte, y la marejada política que en ella se levantó, trayendo á la Historia los más graves sucesos. Puedo daros noticia de la persona del Rey Carlos IV, que regía ó aparentaba regir los destinos de esta nación, representada en una ideal nave; del Ministro y Privado, don Manuel Godoy, que es el que manejaba el timón; de la Reina María Luisa, del Príncipe de Asturias D. Fernando. Á éste amaba el pueblo, personificando en él cualidades que nunca tuvo; al Favorito aborrecía, suponiéndole peor de lo que era.

Pues esto vi, y sucesos presencié que no refiero por no fatigaros. Baste deciros que después de andar entre duquesas y cortesanos, entre príncipes de las armas y de las letras, di un tumbo formidable, que me arrojó de nuevo á la baja extracción donde nací; vavén de la fortuna que no abatió mi espíritu, porque yo, en aquel mi fugaz paso por las cumbres, no me desvanecí, ni perdí la conciencia de mi insignificancia. De aquel contacto con diferentes clases sociales saqué no pocas enseñanzas, saqué además mi conocimiento de personas altas y humildes; entre aquéllas, alguna encofetada señora; entre éstas, interesantes tipos de la majeza de Madrid.

Creeréis sin duda que de mi personal presencia en Trafalgar no obtuve ningún provecho; creeréis que, siendo yo tan pequeño, nada podía pegárseme de aquellas grandezas heroicas. Pues no estáis en lo cierto; algo aproveché del contagio: en mi alma quedaron grabados, y no llevan trazas de borrarse, la idea del deber y el sentimiento del honor.

II

Hecho ya un hombrecito, de agradable trato y no mala figura, según me decían, entré en el año 8, de trágica memoria. De los años 6 y 7 traía yo buena carga de conocimientos; había cursado con provecho varias asignaturas de la ciencia del mundo, y en picardías de buena ley podría graduarme, con pocos repasos más que en Madrid me dieran. De lo que no venía cargado, sino muy ligero, sábelo Dios, era de maravildises, pues nunca me vi tan pobre. ¡Y gracias que podía vivir de mi trabajo! Meses antes aprendí labor de cajista, y en marzo del año 8 ganaba tres reales por ciento de líneas en el *Diario de Madrid*... Del arqueo

de mis tesoros, resultaba: dinero poco, amigos muchos, ilusiones sin cuento. Lo más positivo era el renoglón de amistades; porque yo las tenía buenas y variadas. Ya las iré sacando á relucir conforme lo exija mi relato.

Como las horas de trabajo desgraciadamente no eran muchas, de noche me divertía en parrandas ó bailes de candil; de día paseaba con mis amigos, haciendo alto en tiendas donde había tertulias, que en cierto modo eran las gacetas de Madrid. En ellas recogía yo y en ellas depositaba, como receptor y conductor de la opinión, los rumores de la vida pública, que desde los comienzos del año fueron vagos airecillos, luego corrían con soplo cortante y silbo molesto, y ya en marzo traían crujido y retemblor, amenazando huracanarse.

Siempre tuve afición á politíquear. La política de noticia inflada y de comentario patriótico me parecía un noble oficio. Ved aquí muestra de aquellos vientos que en marzo atronaban ya nuestros oídos:

En la tienda de D.^{na} Ambrosia de los Linos: «La gente de Palacio no sabe ya qué pensar. La cosa no es para menos. Temen á los franceses, que están entrando en España á más y mejor... Nuestro buen Rey dió á Napoleón permiso para que entrarán fuerzas de camino para Portugal... Pero el permiso no autorizaba el paso de tantas tropas... Parece que ese perro de Napoleón se burla de la Corte de España, y no hace mal-dito caso de lo que trató con ella.»

En la zapatería de *Pujitos*: «Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creía. Un General francés se plantó allá, y cuando la Familia Real se marchó para América, dijo: «Aquí no manda nadie más que el Emperador, y yo en su nombre. Vengan cuatrocientos milloncitos de reales; vengán los bienes de los nobles

que se han ido al Brasil con la Familia Real...» Créese que el ladrón de Godoy está dado á los demonios... Lo dicho: Napoleón les engaña á todos, y será pronto el amo de las Españas... ¡Y hay en Madrid quien cree que los franceses vienen á poner en el trono al Príncipe Fernando! ¡Buenos mentecatos están!»

En la botillería de Canosa: «Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales fortalezas y plazas? Primero se metieron en Pamplona, engañando á la guarnición; después se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Montjuich. Después fueron á otro castillo que hay en Figueras, el cual no es menos grande, el mayor del mundo, según dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron también, y por último, se han metido en San Sebastián. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando...; les digo á ustedes que echa chispas. El Gobierno del Rey Carlos IV está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar á los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿Y no saben ustedes lo que hoy se dice por Madrid? Pues que la Familia Real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse á América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz.»

En el corro del amolador *Chinitas* (calle de Botone-ras): «Amigos, ya tiene Napoleón dentro de España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado General en Jefe á un cuñado suyo que le llaman Murat ó *Murraz*, el cual dicen que salió ayer de Aranda para Somosierra... Y yo pregunto: ¿Hay quien sepa á qué viene esa gente? ¿Vienen á echar á toda la Real Familia? Y un ciudadano llamado burlescamente *Cuarta y Media* por su desmedrada estatura, partidario frenético del

Príncipe de Asturias, soltó este comentario patriótico: «¿Quién se asusta de tanta y tanta entrada de franceses? Pongamos por caso que vengan con mala idea. ¿Qué son cien mil hombres, aunque sean cien mil de á caballo? Con dos ó tres regimientos de los nuestros, pronto daríamos cuenta de toda esa turba... Y otra cosa os digo. Como Su Alteza D. Fernando se calce las espuelas, adiós *Murraz* y toda la Francia... ¡Que entren, dejarles que entren!»

III

Y ya que he nombrado á la gente del bronce, quiero presentaros á mi amigo *Pujitos*. Era el tipo que en los sainetes de D. Ramón de la Cruz se señalaba con la denominación de *majo decente*, es decir, un majo de oficio, no de los que para vivir necesitaban vender hierro en el Rastro, ó cortar carne en las plazuelas, ó degollar reses en el Matadero, ó vender aguardiente en *Las Américas*, ó machacar cacao en Santa Cruz, ó vender torrados en la verbena de San Antonio, ó lavar tripas allá por el portillo de Gilimón, ó freir buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni de los que degradados vivían holgadamente á expensas de una mondonguera, ó castañera, ó de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. *Pujitos* estaba con un pie en la clase media: era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia á las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguía de los famosos Tres Pelos, el Ronquito, *Majoma* y otras notabilidades de las que frecuentemente salían á visitar las cortes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

Pujitos era español; gustaba de hablar cuando le

oían más de cuatro personas, y tenía los marcados instintos del personaje de club; pero como entonces no había tales clubs ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que *Pujitos* entrara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades.

Presentado este tipo, flor y nata de la Majeza, os diré que ya en aquellos días arreciaba en Madrid la feroz hostilidad contra el Príncipe de la Paz, á quien el pueblo suponía vendido á Napoleón. En Godoy se encarnaban los odios populares. Era preciso que hubiese un culpable, un reo de lesa patria. El pueblo es poco dado á las abstracciones; no comprendía que también el de la Paz había sido engañado, y era el primer tonto, la más descuidada y torpe víctima del gran timo napoleónico... En Madrid empezó á formarse la tromba que fué á descargar en Aranjuez, donde á la sazón estaba la Corte, y de aquí salieron las turbas populares y los cortesanos disfrazados de paletos que en el Real Sitio dieron fin al valimiento del ensoberbecido y en mal hora encumbrado extremeño. En el patio de la taberna del famoso *Majoma* (calle del Humilladero) oí los primeros rugidos de la fiera popular, y fué un inspirado discurso del gran *Pujitos*. El *majo decente*, mezquino de talla, si bien de alma grande, morenito, con sus ojuelos abrillantados por los vapores que le subían del estómago al rostro, habló, subido en un banco, en esta pintoresca forma:

«Jeñores: Denque los güenos españoles golvimos en sí y vimos que se Menistro de los dimonios tenía vendido el reino á Napoleón, resolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle cómo estemos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando, y que naa más sino que nos han de poner al Príncipe de Asturias, pa que el pueblo contento diga: «El *Kirie*

eleyson cantando, ¡viva el Príncipe Fernando!» (*Fuertes gritos y patadas.*) Ansina se ha de hacer, que ínterin quel otro se guarda el dinero de la Nación el pueblo no come, y Madrid no quiere al Menistro; conque, ¡juera el Menistro!, que aquí semos toos españoles, y si quieren verlo, húrghennos un tantico y verán do tenemos las manos. (*Señales de asentimiento.*) Pos sigo iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdío, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hamos de ceirle al Rey que lo eche á presillo y que nos ponga al Príncipe Fernando, á quien por ésta (y besó la cruz) juro que lo efenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos. Jeñores: estamos ya hasta el gañote, y ahora no hay naa más sino dejarse de pedricar y coger las armas pacabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:

El *Kirie eleyson* cantando,
¡viva el Príncipe Fernando!»

Copio tan sólo lo esencial, pues el discurso no se contuvo en términos tan concisos. No tardó en salir para Aranjuez la turbamulta, protegida, naturalmente, por los partidarios del Príncipe de Asturias. Y la catterva popular encontró allí multitud de conjurados de procedencia palatina y aun personajes de alcurnia que celebraban irónico carnaval vistiéndose con trajes plebeyos. Del Conde del Montijo se dijo que andaba por las calles del Real Sitio vestido de palurdo, con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas.

Por quehaceres y distracciones que en Madrid me retenían, y de que os hablaré luego, no presencié la brutal asonada, mixta de plebeya y palatina, que dió en tierra con el Privado. Pero testigos de probada imparcialidad, como el cura de aquella parroquia, D. Ce-

lestino del Malvar, me dieron conocimiento casi exacto de lo que allí pasó. Fué una revolución chica y casera, promovida por el bando del Príncipe de Asturias, y coronada por uno de los más fáciles éxitos que registra la Historia. La turba asaltó el palacio del Príncipe de la Paz, sin que en ninguna parte apareciesen tropas que la contuviesen ni guardias que le diesen el alto. Creyérase que se había dispuesto todo como un lance de teatro, con ensayo escrupuloso de actores y comparsas.

Mezclados con la catterva y distinguiéndose por el ardor de sus gritos, andaban multitud de cocheros, palafreneros y carreristas de Palacio, pinches y mozos de cuadra, lacayos del Infante D. Antonio y del Príncipe de Asturias. La multitud forzó la puerta del palacio de Godoy; penetró como huracán sin que ni un soldado le cortara el paso; corrió de un aposento á otro, destrozando cuanto encontraba; buscó al pájaro en su opulento nido; pero el pájaro se había ido por los aires, porque registradas todas las estancias no se le encontró en parte alguna. Pueblo y servidumbre de Príncipes, no pudiendo saciar su ira en el antes poderoso y ya desdichado Godoy, hizo responsables de los errores de éste á los cortinajes, tapices, candelabros, consolas, pinturas, relojes... En la calle se encendió la indispensable hoguera, y los amotinados creían realizar una grave misión histórica y política arrojando al fuego todo lo que debía destruirse.

El violentísimo asalto y saqueo de la casa lo pasó Godoy en un desván, escondido dentro de un rollo de esteras, á medio vestir, enteramente ayuno, atormentado por los próximos rugidos de la fiera, y creyendo que entre su vida y su muerte no cabía el espacio de medio minuto... Así estuvo el hombre dos noches y un día. ¡Qué horas de angustia, qué larga y cruel expiación!

ción en tiempo tan corto! Al fin, la misma Guardia de Palacio le sacó de allí. Daba lástima y horror verle asido á los arzones de dos caballos, emparedado así para que las manos feroces de la plebe no alcanzaran á despedazarle. De este modo, recibiendo injurias, pelladas de barro y amenazas crueles, pudo ser conducido al cuartel de Caballería, donde le encerraron, dándole por lecho un montón de paja. Y si en aquel terrible *via crucis* salvó la vida, debiólo, según se dice, á su mayor enemigo el Príncipe de Asturias, que deseaba su caída, pero no su muerte. Así acabó el Ministro universal, el Generalísimo de mar y tierra, el coloso de la fortuna, Conde de Evoramonte, Duque de Sueca y de la Alcedia, Príncipe de la Paz y Alteza Serenísima, rey de hecho, árbitro de las inocentes Españas... El pueblo hizo justicia, groseramente... pero justicia al fin.

IV

Ved aquí, niños que empezáis á vivir, cómo se efectuó aquella revolución chica, que á muchos pareció grande porque ella fué signo del acabamiento de un reinado y del principio de otro. El Sr. D. Carlos IV abdicó en su hijo D. Fernando, y los partidarios de éste, que eran el bando esencialmente irreflexivo y sentimental de España, no cabían en sí de gozo. El 23 de marzo, á los cuatro días del motín de San José en Aranjuez, entraron en Madrid con no poca parambomba y ruido los franceses, que en el sentir de algunos madrileños venían á ornar de rosas el trono del nuevo Soberano, y á obsequiar á toda la familia hispana con jamones y longaniza. Ved aquí este suceso formulado por desgarrados jirones del rumor popular.

En la tienda de D.^a Ambrosia de los Linos, señora crasa y hombruna, hablan varias parroquianas: «¿Cómo

no habéis ido á ver la entrada de los franceses? Pues hijas, les aseguro que ha sido un lindo espectáculo. ¡Qué majos son, válgame el santo Ángel de la Guardia!... ¡Pues digo, si da gloria ver tan buenos mozos!... y son tantos, que me parece que no han de caber en Madrid. Pues vienen unos que andan vestidos al modo de moros, con bragas como los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo. Pues hay otros, ¡Virgen!... ¡qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos y qué entorchados y cruces! Te digo que se me caía la baba... Á esos de los turbantes creo que los llaman los *zamacucos*. También vienen unos que son, según me dijeron, los *tragones de la Guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venía el General que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleón... Es ese que llaman el gran Duque de *Amurates* ó no sé qué, el jinete más guapo que he visto... ¡Y cómo se sonreía el pícarón mirando á los balcones de la calle de Fuencarral! Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay, hija, qué ojazos! Me puse más encarnada... Por ahí andan pidiendo alojamiento. Á mí no me ha tocado ninguno, y lo siento; porque la verdad, hija, esos militares me gustan.»

Y al siguiente día, 24 de marzo, solemne y triunfal entrada en Madrid del nuevo Rey Fernando VII. ¡Qué tumulto, qué delirio, qué exaltación de amor, de patriotismo, de esperanza! ¡Dios mío, cómo estaban esa Puerta del Sol, esa calle Mayor y esa calle de Alcalá! Por pequeños que seáis, niños queridos, habréis visto alguna de las grandiosas *entradas* con que suele obsequiarnos la Historia contemporánea. Para muchos, tales *entradas* son las únicas efemérides de la Nación. Pues en aquella del año 8, fueron extremados el gentío varonil en la calle y el femenino en los balcones. Hubo el

meneo de abanicos al sol, el aleteo de pañuelos, el rugido, el apretujo, las oleadas de impaciencia, de júbilo, la espuma de vivas y aclamaciones, el humo del entusiasmo; nada faltó de lo que constituye estas solemnidades; pero el delirio superó ciertamente á cuanto ha venido después; fué un delirio infantil, como de un pueblo acabado de nacer á la vida pública, y que vive amamantado con la leche de la credulidad... Hasta que lo destetaron con desengaños no aflojó el pueblo en su ardiente fe y entusiasmo candoroso.

Un incidente agravó las apreturas de los que nos estacionamos en la Puerta del Sol. ¿Qué pasó?... Que el Gran Duque de Berg, Murat, quiso meter sus narices en aquella fiesta netamente española, y con toda su petulancia fachendosa y su vistoso séquito de dragones y mamelucos se presentó por la calle del Arenal. Fué como si un pie quisiera entrar en una bota donde ya había otro pie. Al gemido de la oprimida muchedumbre siguieron el lamento, la protesta, el grito de dolor..., y al fin estalló una tempestad de silbidos, reconvencciones ó insultos. La antipatía del pueblo de Madrid á los franceses quedó en aquel instante bien manifiesta. Permanece bien grabada en mi memoria la figura de Murat al frente de sus jinetes gallardísimos. Era un escaparate de bordados, veneras, bandas, plumas y plumachos, con una ondulante cabellera de añadidura.

En lo restante de marzo, y en casi todo abril, la Historia se me escapa, ó me escapo yo de ella sin sentirlo, más atento á cosas propias mías que á las de la colectividad. Cuando nuestro espíritu se fatiga del volar continuo por los espacios de la vida general, gusta de recogerse en sí, descansa en su nido, y se duerme con la cabeza bajo el ala de la propia existencia. Esto me pasó á mí: volviendo de la Política, materia de la Historia, encontré en mí el Cuento de Hadas, y en su

deliciosa ensoñación hallé mi felicidad por el momento. Así la poesía nos refresca y alivia el alma, reseca por la aridez de los hechos.

Familiarizados estáis con los Cuentos de Hadas; gustáis de ellos, aun sabiendo que son mentira. Pues el mío no lo es, aunque lo parezca; no lo es, aunque en su contextura veáis las formas más candorosas y sen-



cillas de la literatura infantil. Voy á repetiros la vieja fábula. Érase... ó había en tal reino una linda pastora... Sólo que aquí no es pastora, sino costurera, una costurerita como los ángeles. Pues señor: la pastora, digamos la menestrala, resultó que era princesita, nacida de una excelsa Reina... Sólo que en este caso no nació de una Reina, sino de una Duquesa... El núcleo del asunto es el mismo. Pues esta heroína de leyenda fué descubierta por vuestro servidor, y desde que la descubrí, hice propósito de no descansar hasta restituir á la gentil criatura en su estado y posición legítima. Y aquí me tenéis á mí, pobre cajista de una imprenta,

convertido á mi vez en héroe de cuentecillo caballescoco; aquí me tenéis abocado á que el mejor día me sorprenda el descubrimiento de que también yo soy medio príncipe ó príncipe entero.

Pues señor: sabed que encontré mi Cuento de Hadass en la humilde casa de un pobre Cura, llamado don Celestino del Malvar, el hombre más sencillo y candoroso que ha existido de tejas abajo. La niña, ángel de bondad, dulzura y belleza, era sobrina del Cura... No, no embarullemos: el Cura era hermano del esposo de la mujer que había pasado por madre de la niña. ¿Está esto claro? Entiendo que no. ¿Pero qué importa? Inés, que así se llamaba la pastorcita Princesa, ó ducal modistilla, que para el caso es lo mismo, fué recogida por D. Celestino, y en su poder estuvo en Aranjuez hasta que aparecieron y la reclamaron otros tíos, primos de su madre, de la figurada y putativa madre. Eran personas más acomodadas que el Cura, y éste creyó que la Princesita ganaba en el cambio.

Desgraciadamente no fué así, porque los malditos tíos, ó lo que fueran, resultaron al modo de unos ogros ó carlancos de la misma procedencia fantástica y cuentera de esta infantil historia. No sólo martirizaban á la ideal criatura, sino que se valían de ella para expoliar á la casa ducal, amenazándola con la publicación de secretos papeles. Esto lo hacían confabulados con un curial llamado *Lobo*, y que lo era por la ferocidad de sus dentelladas contra personas ricas, valiéndose de documentos privados que allegar sabía con sutil travesura... Pues bien: yo fuí el descubridor de estos enredos infames de los tíos ó tiorros, y del mal trato que daban á la inocente Princesita. Y descubierto por mi agudeza el delito, me sentí paladín de Cuento Azul, y realicé la más bonita y arrogante hazaña que podréis imaginar. Los tiorros eran unos

tenderos de la calle de la Sal, hermano y hermana. Pues yo, con el solo auxilio de un chico que en la tienda servía, llamado Juan de Dios, robé á la Princesa, y ello fué como si la sacáramos de un estrecho y ahogado castillo. Debieron ayudarnos invisibles genios, silfos y gnomos que habitaban en recónditas grutas de cristal. Sacamos á la tierna criatura, y con el respeto y devoción que inspiran las cosas santas, como si lleváramos en nuestras manos la hostia consagrada, la condujimos á la casa en que á la sazón vivía el curita D. Celestino, y en las manos de éste, tan puras como las de los ángeles, entregamos la persona de Inés.

Echado de Aranjuez como partidario que fué de Godoy, D. Celestino vino á Madrid y se aposentó en una modesta y honrada casa, calle de San José, barrio de Maravillas ó de los *Chisperos*. Esta calle, de vecindario mísero, se extendía recta desde la de Fuencarral á la de San Bernardo, y en ella está el portalón del *Parque de Artillería*. Cuando llegamos con la niña al domicilio del buen Cura, que era un piso principal bajando del cielo, amanecía; nos asomamos al único balcón de la casa, para contemplar la dulce aurora, y la Princesita, que con alegría risueña celebraba su libertad, se fijó en el paisaje urbano que desde aquellas alturas se mostraba.

«Esto que ves, Princesa, es el Parque de Artillería — le dijo D. Celestino. — En aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira; salen algunos con un carro; van á casa del abastecedor en busca de las provisiones de boca.

— ¿Y esos picuruchos tan bonitos, formados por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho orden? — preguntó la niña sin dar tregua á su admiración.